

Estas secas palabras la pusieron pálida y la hicieron llorar.

Jorge se admiró. ¿Qué era? ¿qué tenía? Luisa no contestó y rompió en un llanto nervioso, histérico.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué tienes, hija mía? ¿Te has disgustado?

Luisa, sofocada, no respondía. Jorge la hizo respirar sales y la besó mucho.

Sólo cuando se calmó un tanto pudo decir con voz empañada:

—Me has hablado tan secamente y estoy tan nerviosa...

El se rió, la llamó tontuela, la secó las lágrimas... Pero se quedó pensativo. Ya la había notado ciertas tristezas y abatimientos inexplicables, y una especie de irritabilidad nerviosa... ¿Qué era aquello?

Para que Jorge no notase más descuidos, empezó á completar ella misma el arreglo de la casa. Juliana se apercibió, y muy tranquila tomó el partido de "dejarla cada vez más en qué entretenerse." Primero no barrió más; luego no hizo las camas, y una mañana, por fin, no bajó las aguas sucias. Luisa esperó en el corredor á que Juliana no la viese, y fué á bajarlas. Cuando subió á limpiarse las manos, lloraba... ¡Deseó morir! ¡Hasta dónde había llegado!

Doña Felicidad entró un día de pronto, y la vió barriendo la sala.

—Que haga eso quien no tenga criada, pase; pero tú...—la dijo.

Tenía Juliana tanto que almidonar...

—No la dispenses nada, porque no te lo agradecerá, y aun se reirá de ti. Es hacerla á malas costumbres... ¡Qué aguante!

Luisa sonrió, y dijo:

—Es por esta sola vez en mi vida...

Su tristeza iba en aumento. Refugiábase en el

amor de Jorge, como en su único consuelo. De noche respiraba: Juliana dormía; no veía su cara agria, no recelaba de ella, no tenía que alabarla, no trabajaba por ella... ¡Era entonces *ella misma*, era la Luisa de antes!

¡Estaba en su cuarto, cerrada por dentro, con su marido, libre! ¡Podía vivir, reirse, hablar, hasta tener apetito! Y, en efecto, llevaba á las veces pan y dulce al cuarto, para hacer una pequeña cena.

Jorge extrañaba aquello.—Eres otra por la noche,—decía; y la llamaba *ave nocturna*. Ella se reía, en enaguas en medio del cuarto, con los brazos y el cuello desnudos y el cabello en trenzas, y paseaba, tarareaba y charlaba, hasta que Jorge decía:

—Ya es tarde, niña...

Despedíase de él abrazándole.

Pero, ¡qué amanecer! Por clara que fuese la mañana, todo le parecía vagamente turbio; se vestía con repugnancia, entrando en el nuevo día como en una prisión.

Perdió la esperanza de recobrar su libertad. A veces la asaltaba como un relámpago la idea de contarle todo á Sebastián. Pero cuando le veía, con su mirar honesto, abrazar á Jorge, y marcharse juntos riendo á fumar, la parecía más fácil salir á la calle y pedir dinero al primer hombre que hallase, que decirle á Sebastián, al íntimo de Jorge, al mejor amigo de la casa:... "Escribí una carta á un hombre, y me la robó la criada..." ¡No! Antes morir y hasta fregar las escaleras...

Empezó Jorge á quejarse de que sus camisas estaban mal planchadas; Juliana se iba echando á perder positivamente. Un día se enfadó: la llamó, y tirándola una camisa arrugada:

— ¡Esto no se puede poner; está indecentel—dijo.

Juliana se puso lívida, y clavó en Luisa una mirada que quemaba; pero con labio trémulo se disculpó. "El almidón era infame... había que cambiarlo..." , etc.

Apenas se fué Jorge, Juliana entró como un vendaval en su cuarto, cerró la puerta y empezó á gritar «que la señora ensuciaba un montón de ropa, el señor un montón de camisas, y que sin ayuda no podía con tanto... ¡El que quiera negras, que las traiga del Brasil!»

—Y no estoy por sufrir los arranques de su marido: ¿está usted, señora? Si quiere dar abasto, que me ayude.

Luisa, contestó simplemente:

—La ayudaré.

Llegó á tener una resignación muda, sombría: lo aceptaba todo.

A fin de semana hubo mucha ropa, y Juliana dijo que si la señora planchaba, ella almidonaría; si no, no.

Hacía un día hermoso, y Luisa pensaba salir. Dejó los vestidos y, sin decir palabra, fué á buscar la plancha.

Juana se quedó atónita.

—¿Va á planchar la señora?

—Hay una carga de ropa, y Juliana sola no puede aviarlo todo.

Instalóse en el cuarto de planchar, y estaba planchando ropa de Jorge cuando apareció Juliana con sombrero.

—¿Va usted á salir?—exclamó Luisa.

—Venía á decírselo á la señora... No puedo dejar de salir.

Y se abotonaba los guantes negros.

—Pero... ¿quién almidona las camisas?

—Yo voy á salir,—contestó la otra secamente.

—Pero, ¿quién almidona las camisas?

—Almidónelas la señora...

—¡Infame!—gritó Luisa, arrojando la plancha al suelo.

—Y salió impetuosamente.

Juliana la sintió sollozar en el corredor, y se quitó el sombrero y los guantes asustada. De allí á poco, oyó cerrar con fuerza la puerta. Fué al cuarto de Luisa, y vió el ropero revuelto y la sombrerera caída.—¿Donde había ido? ¿A quejarse á la policía? ¿A buscar á su marido? ¡Con mil diablos! No se podía jugar con aquel genio... Se fué de prisa al cuarto, y se puso á almidonar, con el oído alerta y arrepentida. ¿Donde había ido? ¡Debía tener cuidado! Si la impulsaba á hacer un disparate, ¿quién perdía más? Ella, que tendría que salir de la casa, dejar su cuarto, sus comodidades, su posición... ¡Demonio!

Luisa salió como loca. Por la calle de la Escuela pasaba un cupé vacío; entró en él y dió al cochero las señas de Leopoldina. Debía haber vuelto de Oporto ya.

Llegó, subió las escaleras y sonó violentamente la campanilla, agitada por una mano febril.

Justina empezó á gritar por el pasillo:

—¡La señora doña Luisa, mi señora doña Luisa, Luisa!...

Leopoldina, con una bata carmesí de larga cola, corrió, abriendo los brazos:

—¿Eres tú? ¿Que milagro es este? Ahora me levanto. Entra, entra... Todo está desarreglado; pero no importa... Mas, ¿qué es esto?

Abrió las maderas, aun cerradas. Se percibía fuerte olor á vinagre de *toilette*. Justina vaciaba presurosa una jofaina con agua de jabon, y guardaba toallas sucias; sobre una jardinera había rizos de pelo, y en una escupidera puntas de cigarro. Leopoldina corrió el transparente, diciendo:

—¡Gracias á Dios que honras esta casa, nena!

Pero al ver el rostro de Luisa y sus ojos llenos de lágrimas:

—¿Qué hay? ¿Qué te pasa?

—¡Una cosa horrible, Leopoldina!—exclamó cruzando las manos.

La otra cerró rápidamente la puerta:

—¿Qué es?

Luisa lloraba sin contestar, y Leopoldina la miraba petrificada.

—¡Juliana me robó las cartas! ¡Me pide seiscientos mil *reis* por ellas! ¡Estoy perdida!... ¡Esto es un martirio!... Quiero que me ayudes, á ver si te ocurre... ¡Estoy como loca! Yo lo hago todo en casa.. Me muero, no puedo más...

Y sus lágrimas aumentaban.

—¿Y tus joyas?

—Valdrían doscientos mil *reis*... ¿Y qué le diría á Jorge?

Leopoldina mirando en derredor y abriendo los brazos dijo:

—Todo lo que tengo no vale, hija, ni veinte libras esterlinas.

Luisa murmuraba, limpiándose el llanto:

—¡Que expiación la mia, Dios mio; que expiación!

—¿Qué dice esa carta?

—¡Horrores! Estaba loca... Hay una mía y dos de él.

—¿De tu primo?

Luisa contestó *que sí* lentamente con la cabeza.

—¿Y él?

—No sé... Está en Francia, y no me contesta.

—¡Tonta! Pero ¿cómo te las robó esa mujer?

Luisa contó la historia del sarcófago y del cofre. Pero tú también... Guardar una carta así... ¡Ese es una inocentada, criatura!

Y Leopoldina se puso á recorrer el cuarto, arrastrando la cola de su bata; sus grandes ojos negros,

excitados, parecían buscar un medio, una salida, y murmuraba:

—Esta es cuestión de dinero...

Luisa repetía:

—Cuestión de dinero...

Leopoldina se paró bruscamente ante ella:

—Yo sé quien te daría ese dinero.

—¿Quién?

—Un hombre.

Luisa se levantó asustada.

—¿Quién es?

—Castro.

—¿El del lente?

—El del lente.

Luisa se puso encarnada.

—¡Oh, Leopoldina!...—murmuró.

Y añadió, después de una pausa:

—¿Quién te lo asegura?

—Lo sé yo. Se lo dijo él á Mendoza; ya sabes que eran uña y carne. Que te daría cuanto le pidieras...

Lo dijo más de una vez.

—¡Qué horror!—exclamó Luisa indignada.—¿Y tu me propones tal cosa?

Quitose el sombrero violentamente, y con mano trémula lo arrojó sobre la jardinera, y paseando agitada, dijo:

—¡Antes huir, meterme en un convento, ser criada y barrer la basura de la calle!...

—¡No te exaltes, criatura! ¿Quién te dice eso? Tal vez te prestase el dinero sin interés...

—¿Lo crees tú?...

Leopoldina, con la cabeza baja, hacía girar las sortijas en los dedos.

—Y aunque así no fuese...—dijo de pronto.—Sería

un «conto de reis, dos contos»... ¡estabas salvada, y eras feliz!

Luisa sacudió los hombros, indignada de aquellas frases... ¡Tal vez de su propio pensamiento!

—¡Es indigno y horrible!—dijo.

Callaron ambas.

—¡Ah! ¡si fuese yo!—dijo Leopoldina.

—¿Qué harías?

—Escribir a Castro que viniese con el dinero.

—¡Esa eres tú!—exclamó arrebatadamente Luisa.

Leopoldina enrojeció bajo los polvos de arroz.

Luisa le echó los brazos al cuello.

—¡Perdóname estoy loca; no sé lo que me digol

Las dos lloraron nerviosamente.

—¡Me has enfadado!—dijo Leopoldina sollozando—. Lo dije por tu bien, porque me pareció lo mejor. Si yo tuviese el dinero, te lo daría... haría todo lo que fuese preciso... ¡Créeme!

Abrió los brazos, enseñó su cuerpo con arranque de sublime impudor, y dijo:

—¡Setecientos mil reis! ¡Si yo valiese ese dinero, lo tendrías!

Llamaron con los nudillos en la puerta.

—¿Quién es?

—Yo—dijo una voz ronca.

—Es mi marido... Ese animal no se despega hoy de casa... ¡No puedo abrir ahora! ¡Vuelve luego!

Luisa se limpió los ojos y tomó el sombrero.

—¿Cuándo volverás?—preguntó Leopoldina.

—Cuando pueda; si no, te escribiré.

—Bueno. Yo pensaré en tanto... buscaré...

Luisa la cogió del brazo.

—De esto... ni palabra.

—¡Loca!

Salió. Fué subiendo despacio hasta la calle de

San Roque. La puerta de la iglesia de la Misericordia estaba abierta. Sintió necesidad de entrar, no sabía para qué; pero parecíala que el fresco de la iglesia calmaría aquel vibrar de su pasión excitada. Sentíase tan infeliz, que se acordó de Dios. Se arrodilló al pie de un altar, se persignó y rezó un «Padre nuestro» y un «Ave María». Pero aquellas oraciones de su infancia no la consolaban: eran como sonidos inertes, que no subían al cielo más alto que su respiración agitada; no las comprendía bien; no tenían aplicación en *su caso*; nunca podría Dios por ellas adivinar lo que ella pedía allí postrada y acongojada. Quería hablar a Dios, mostrarse entera a El.

Lentamente, en un remolino que no dominaba, que se formaba en su cerebro, como el flotante rodar del humo que se eleva, recordaba el tiempo en que por melancolía y sentimentalismo frecuentaba las iglesias. Aun vivía su madre, y ella, con el corazón turbado—cuando *el otro*, Basilio, la escribió rompiendo aquellos amores,—procuraba disolver sus tristezas en los éxtasis de la devoción. Una amiga suya, Juana Silveira, profesó por entonces en Francia; a veces deseó partir también, ser Hermana de la Caridad, levantar heridos en los campos de batalla, o vivir en la paz de una celda rústica y reposada... ¡Qué diferencia entre aquella vida y esta suya de ahora! ¿Dónde estaría? Lejos, en algún monasterio antiguo, entre sombrías arboledas, en algún valle solitario y contemplativo; tal vez en Escocia, país que siempre amó desde que leyó a Walter Scott... Tal vez en las verdes tierras de Lammemoor o Glencoe, en alguna abadía sajona. Alrededor de los montes cubiertos de abetos, coronados de nieve, se esconden aquellos retiros de paz sepulcral; por el cielo brumoso pasan las nubes despacio, como

con recogimiento; ningún ruido alegre turba la melancólica paz de las cosas...; de vez en cuando pasan tribus de cuervos que cortan el aire con su vuelo triangular... Allí viviría, entre las monjas de alta estatura y ojos célticos, hijas de duques normandos, ó de lords jefes de *clau* convertidos en Roma; leería libros en que se hablara dulcemente del cielo; sentada á su estrecha ventana, vería pasar por entre las matas bajas los cuernos de los venados, y en las tardes de niebla escucharía el lejano sonido del *bag-pipe* que toca el pastor cuando vuelve de los valles de Collendar..., y todo el ambiente estaría lleno del murmurio lamentoso é intermitente de los arroyos que por entre la grama sombría caen de roca en roca...

Acaso hubiera sido otro vivir más regalado en algún pacífico convento de una hermosa provincia portuguesa. Allí los techos son bajos y las paredes blanqueadas brillan al sol; las campanas repican alegremente en el aire azulado; fuera, en los campos de olivares que dan aceite para el convento, mujeres que vanean la aceituna cantando; en el patio, empedrado de guijos menudos, las mulas de la noria se sacuden las moscas pateando fuerte; algunas mujeres cuchichean en el portalón; un carro chirría en la entrada; los gallos cacarean brillando al sol, y las novicias, regordetas, de ojos negros, charlan en los frescos corredores.

Allí viviría y moriría vieja, oyendo á las golondrinas cantar cerca de su tumba. El señor obispo en tanto, con el anillo en el blanco dedo, escucharía sonriendo, de labios de la madre abadesa, la edificante historia de su santa muerte...

Un sacristán tosió fuerte; y como nidada de pájaros que callan al oír un ruido brusco, así huyeron

todos sus sueños. Suspiró, se levantó reposadamente y se encaminó triste hacia su casa.

Juliana abrió la puerta, y en el pasillo la dijo con voz suplicante:

—Perdóneme la señora...; estaba loca. Tenía la cabeza trastornada de no dormir en toda la noche... Me quedé muy afligida...

Luisa no contestó y se fué a la sala. Sebastián, que iba a comer con ellos, tocaba la serenata de «Don Juan», y dijo al verla:

—¿De dónde tan pálida?

—Debilidad, Sebastián... Vengo de la Iglesia.

Jorge salía del despacho con unos papeles en la mano.

—¡De la iglesia!—murmuró—. ¡Qué horror!

Por aquel tiempo publicó el *Diario del Gobierno* la promoción del Consejero Acacio al *grado de Caballero de la orden de Santiago*.

La noche siguiente, al entrar en casa de Jorge, fué objeto de una ovación; el Consejero, después de abrazarles uno por uno, nervioso y conmovido, cayó emocionado sobre el sofá, y dijo:

—No esperaba tanto de la real munificencia...; no esperaba tanto.—Y añadió, colocando la mano sobre el pecho:—Diré con el filósofo: ¡Esta condecoración es el mejor día de mi vida!

Invitó á Jorge, Sebastián y Julián para comer juntos el jueves “una modesta comida de solteros en un humilde tugurio, para festejar la real merced”.

En efecto, el Consejero los recibió con el hábito de Santiago sobre el frac negro. Había otro sujeto en la sala, el señor Alves Continho, pecoso de vi-ruelas, y con la cabeza muy metida entre los hombros.

Era empleado del ministerio de la Gobernación, ilustre por su inmejorable letra.

A poco entró la conocida figura de Saavedra, re-